

Objeto de la Lógica

I

No es tal vez inoportuno, en los tiempos que corren, que un estudioso de filosofía, al cual se le ha invitado a exponer su modo de ver con respecto a los problemas de la *Lógica*, se prevenga preguntando, a su vez, qué cosa se entiende cuestionarle bajo este nombre. De otra manera existe el peligro que, manifestando cándidamente lo que él piensa sobre el asunto, no sólo encuentre la mortificación de una mala acogida y la fría objeción de fastidio de que lo que viene diciendo es completamente inútil al *progreso de las ciencias* (físicas y matemáticas), sino que, lo que es peor, se encuentre, sin quererlo, que ha producido dolor a hombres de buena intención, que no ahorran fatigas y afanes para proveer al género humano de medios lógicos rápidos y seguros, y que hasta acarician el pensamiento de regalarle una nueva lengua, simple, precisa y *universal*. Es verdad que estos bien intencionados, que se llaman *logístici*, conciben el problema de la *Lógica* como aquél, completamente práctico, de forjar un conjunto de fórmulas y reglas, que hagan más perspicua la discusión y más fácil la busca de la verdad; y por esto deben ser considerados como verdaderos representantes y continuadores de la escolástica *logica utens*. La cual, como es sabido, en los siglos en que floreció (o, para emplear una imagen menos impropia, en que esparcía al sol sus espinas), volvió tan extrínsecas y vacías, tan pedantescas y fatigosas las disputas, hasta oprimir los espíritus y provocar, poco después, una rebelión que se afirmó, en cuanto al contenido, con el retorno a la observación directa, al experimento, al documento y al análisis, y, en cuanto a la forma, con la preferencia acordada a la conversación incongruente del

hombre de mundo sobre el decir obscuro e hispido del monje argumentador.

No obstante, hay que augurar a la nueva *Logistica*, que pueda alcanzar al menos aquella cierta pequeña utilidad, que el silogizar *in forma* a veces daba; cosa que no parece haya hasta ahora acaecido, desde que sus propugnadores de hoy parecen vendedores ambulantes, que van ambulando cargados con sus instrumentos de nueva fábrica, los exponen en muestra a las miradas de la gente, ilustran sus singulares virtudes, pero no encuentran compradores y clientes; y esta desventura los vuelve a menudo rabiosos, como es natural, por lo demás, a benefactores del género humano, que se ven burlados en su ímpetu generoso de aportar bien. Ni, desgraciadamente, nosotros, aun formulando el augurio que se ha dicho, estamos en condición de dar el buen ejemplo, colocándonos en primera fila entre los que asienten, porque demasiado, por antiguo propósito y por largo ejercicio, estamos habituados al escribir literario, y hasta popular, para estar en condiciones de someternos a la severidad de aquellas fórmulas, que dejaremos adoptar, si sucediese, a nuestros hijos, que deseamos más fuertes que nosotros. Pero, sea lo que fuere de la utilidad práctica que tenga o pueda tener la *Logistica* y del porvenir que le está reservado, esto es cierto, y esto nos interesa ahora, que ella, como *logica utens* no es *logica docens*, así como práctica no es teoría, como conjunto de reglas y de fórmulas, no es *ciencia*. Por *Logica*, en cambio, nosotros entendemos una *doctrina*, una *teoría*, una *ciencia*, y por esto algo que no tenga como fin directo apuntalar el pensamiento, hacer adelantar las ciencias físicas y matemáticas, favorecer y simplificar las indagaciones y las disputas, sino que busque, precisamente, qué es el pensamiento, qué la ciencia o las ciencias, la indagación, la controversia, etc. Y que a la *Lógica* como ciencia se refiera la invitación que se me ha dirigido, no puede tener dudas quien conozca los promotores de la presente publicación; y por esto la pregunta de previsión, hecha al comienzo, no tiene necesidad, esta vez, de esperar contestación; y, si he querido contestar en alguna manera, ha sido sólo para poner bien en claro, con abundancia, el objeto propio de mi discurso. Los *logísticos*, que desean otras cosas, y más inmediatamente útiles, bien pue-

den abreviarse de escucharlo; y, en todo caso, no deben ver en nuestra obra una oposición a la de ellos, porque no existe posibilidad de oposición donde no hay paridad de materia, y paridad de materia no existe entre un concepto y un utensilio, y bien sea el utensilio una espada fulgente y cortante, cual se vanagloriaba de ser la de los logísticos. Conjuntamente a los cuales, saludaremos de paso a todos los propugnadores de lógicas *normativas*, y a todos aquellos cultores de *lógica formal* que, dictando normas, han abierto el camino a las irrupciones vanidosas de la *Logística*.

II

Entendida la *Lógica* como *ciencia*, conviene inmediatamente agregar que *ciencia* quiere decir *ciencia verdadera y propia*, no empirismo sino filosofía, y que por esto la *Lógica*, de la cual discurrimos, quiere ser *ciencia filosófica*. Esta proposición vale para excluir otra pretensión de la *Lógica* tradicional, aristotélica o escolástica, y de la *Logística* misma que de ella desciende, por la cual se promete dar una teoría ó una ciencia del pensamiento, pero se le hace consistir, después, simplemente, en la descripción de las varias formas o especies del pensamiento: concepto, juicio, silogismo, silogismos abreviados o complicados, modos y figuras, y otros semejantes. Así como no hemos negado derecho de existencia a las reglas y a los formularios, así no lo negamos tampoco a la *lógica descriptiva* (impropiamente llamada *lógica formal*), con tal que quede bien establecido que aquella *descriptiva*, a la par de todas las otras que se refieren a otros aspectos del espíritu y de la realidad, es un esquema, por cuanto cómodo a la memoria otro tanto mudo para la inteligencia. Y, peor que mudo, dañoso, si, como es caso frecuente, la *descriptiva* es cambiada por la *ciencia* y se termina con creer en la *realidad* de sus conceptos, que son verdaderamente puros y vacíos *nomina*. Para persuadirse de la irrealidad de aquellas especies o clases (cuando no parezca suficiente, como no obstante debería serlo, la consideración gnoseológica: que las especies o clases son, siempre, artificiosas e irreales) es suficiente analizar la tripartición, que suele colocársele como fundamento, de concepto, juicio y silo-

gismo, la cual hace tres cosas distintas de un único e indistinguible acto mental. Nadie, en efecto, podrá nunca pensar un concepto, que sea concepto y, es decir, realmente concepto, y no sea conjuntamente juicio, o sea afirmación de su ser; y nadie podrá nunca pensar un concepto o un juicio que no sea conjuntamente silogismo, o sea relación y conexión con otros conceptos y juicios en el sistema de la verdad. La ilusión de que el *acto único* sea distinguible en *tres actos mentales*, nace por sustituir al genuino acto mental los nombres, las proposiciones y los períodos del lenguaje gramaticalmente despedazado, y que por esto no es ni siquiera el verdadero lenguaje, el cual fluye siempre como un río, una onda sobre la otra y en la otra, y no se une nunca como un agregado de piedras ligadas entre sí extrínsecamente con el cemento. Muchas veces se ha notado que es trabajoso encontrar los límites entre *Lógica formal* y *gramática lógica*; pero es trabajoso porque los límites, en verdad, no existen, y la una y la otra, como ciencias descriptivas o empíricas, proceden demasiado materialmente, esquematizando los actos del pensamiento y agrupándolos por semejanzas superficiales y accidentales. Y, como respecto a la *Gramática*, así la *Lógica formal* no tiene límites exactos con la psicología del conocimiento o *Lógica psicológica*, a no ser que el criterio distintivo no se tome del elemento normativo, que se introduce en ésta, pero que no pertenece a su naturaleza propia.

La tolerancia, que no debe negarse, y que no negamos, a la *Lógica formal* y verbal o empírica (¿cómo negar derecho de existencia a todo lo que la mente humana ha producido y produce?) no sólo está sujeta a la reserva que no débese confundir con la verdadera ciencia de la *Lógica* (que es ciencia filosófica), sino también a la reserva ulterior que se debe cuidar de no hacer con ella un paralelo con la *Lógica filosófica*, casi un legítimo modo, a lado del otro, de exponer la *Lógica*, o considerarla como *propedéutica* o *complemento* a la *Lógica filosófica*. Se trata, en cambio, de cosas completamente desemejantes entre sí; la *Lógica filosófica* debe como ignorar que exista la empírica, o pecarse de ella solamente para combatir los errores que aquella ha engendrado y los prejuicios que conserva en éste o aquel problema particular. Se acostumbra, ahora,

distinguiendo y definiendo, afirmar que la *Lógica empírica*, especialmente con su ropaje de *Lógica psicológica*, es una ciencia de hechos, y la *Lógica filosófica* es una ciencia de valores; pero, por decir las cosas como nos parecen, la *Lógica*, a la par de otras ciencias filosóficas, se ha visto obligada a recurrir a la palabra «valor» no por otra cosa sino que la de «hecho» había sido usurpada por la empiria, para darla a las clases y abstracciones por ella formadas y que no designan hechos reales y verdaderos; poco más o menos en la manera en que un hombre honesto puede encontrarse en la necesidad de tener que cambiar el propio apellido, desacreditado por un miembro de la familia poco escrupuloso.

El «valor», que es objeto de la *Lógica filosófica*, es el «hecho» o «acto» lógico, norma y valor a sí mismo, precisamente porque es y hace; y fuera tiempo ya de volver a tomar posesión de los propios bienes y no resignarse ni siquiera verbalmente, a dejar a los empiristas y positivistas los sólidos *hechos*, conformándonos, demasiado soberbiamente o demasiado modestamente, con valores aéreos.

III

La *Lógica*, definida como ciencia filosófica, da margen a la dificultad que ella tendría que ser una ciencia filosófica particular; y la filosofía, en cambio, es una unidad compacta, en la cual no es lícito distinguir lo general de lo particular, los cimientos del edificio, el primer piso del segundo o tercero. Ciertamente, estas distinciones suelen hacerse; y ahora como en lo pasado se habla de una filosofía general y de una filosofía particular, de una parte introductora y de una parte sistemática, de una parte analítica y de una parte sintética, de una lógica o gneoseología que dé como el criterio y el método de la investigación, y de una metafísica que corone la investigación cumplida. Pero son, todas ellas, distinciones groseras o caprichosas, cuando no tengan su razón en necesidades literarias y pedagógicas, y no queden circunscriptas a este campo. Una lógica como ciencia particular es indispensable e ininteligible, porque el pensarla o el comprenderla se basa siempre en el todo a que pertenece y del cual es inseparable; el pensa-

miento no es concebible sin el sér, el conocimiento sin la voluntad, el logos sin la fantasía, lo concreto sin lo abstracto, lo individual sin lo universal. La Lógica como ciencia filosófica ¿será pues, la filosofía misma? y, en tal caso ¿por qué se discurre de ella como de una ciencia filosófica?

De la dificultad no puede salirse si no acepta que la Lógica, como cualquiera otra ciencia particular filosófica (por ej. la Estética o la Etica), cuando se quiere pensarla y exponerla, es la filosofía, toda la filosofía, y no se distingue de las otras ciencias filosóficas particulares o de la filosofía general sino por razones literarias o didascálicas, y, es decir, en los libros que llevan aquel título y en los cuales la Lógica está puesta en claro con preferencia a otros aspectos de la filosofía, los cuales deben ser, por lo demás, perpetuamente invocados y ser tenidos presentes, so pena de dejar en obscuridad al mismo asunto lógico.

La especialidad filosófica ha sido una ilusión de los últimos cincuenta años, bastante de acuerdo con la desconfianza hacia la filosofía y productora de una clase de timidez o, del todo, pereza, de la cual es necesario sacudirse reconociendo la unidad inseparable de la filosofía y la necesidad de concebir siempre lo particular en lo universal, la distinción en la relación que la unifica. Por lo demás, descendiendo de la sumidad de los conceptos, cada uno puede palpar con la mano las absurdidades, las obscuridades, las confusiones, los inextricables debates, que han surgido en Lógica debido tan sólo a que los especialistas de aquella disciplina ignoraban o no profundizaban los problemas del lenguaje, del arte, de la historiografía, de la voluntad económica, y recordaban de estas cosas como por adorno o tomándolas lisa y llanamente, y, es decir, muertas y osificadas, de los libros de otras especialistas. Como las dos primeras proposiciones, que hemos ilustrado, se dirigían la una contra los *practicistas* y la otra contra los *empíricos*, esta tercera se dirige contra los filósofos *separatistas*.

IV

Una consecuencia del *separatismo* ha sido la separación llevada a cabo entre la Lógica que se llama *elemental* y la que se

llama *aplicada* o *metodológica*; la primera que concierne a las formas elementales del conocimiento, y la otra, a las distintas ciencias y disciplinas. Y aún, la separación ha avanzado tanto que la *clasificación de las ciencias* ha llegado a formar aparte un tratado fuera del sistema filosófico e independientemente de los presupuestos lógicos. Ahora, las ciencias o disciplinas o formas del saber no basta *clasificarlas*, pero es necesario *entenderlas*; y, cuando son entendidas, y con tal inteligencia se rectifica las agrupaciones empíricas de la tradición y de la pedagogía, ellas se revelan como nada más que las mismas formas elementales del conocimiento, vistas en su existencia histórica y en sus más conspicuas y elevadas manifestaciones.

La ventaja, que se obtiene con el romper la barrera artificial, es grande, porque las formas elementales salen por tal manera de su abstracción, adquieren cuerpo y vida, muestran su fecundidad; y las disciplinas o ciencias pierden su corpulencia o materialidad, se aclaran, se hacen transparentes, revelan su ánima íntima. La Lógica, que a menudo ha sido presentada como la más árida de las ciencias, la más lejana de los problemas diarios, vuelve a germinar y entra en proceso de contracambio con estos problemas. Pero, además de esta ventaja indirecta, está aquella, directa, de abolir la falsa idea de una ciencia *aplicable* y de otra *aplicada*, y remachar el principio de que las actividades espirituales no se aplican pero se desarrollan, y en el desarrollarse se conservan cuales son en origen y por naturaleza, y celebran su naturaleza; y que no existen productos espirituales que sean combinaciones de elementos heterogéneos o elaboraciones de materiales extrínsecamente dados.

V

Aceptada la identidad entre las formas elementales del conocimiento y formas originarias del saber, es indiferente comenzar la exposición de la Lógica desde una u otra serie (que son dos series distintas sólo por la manera de decir); indiferente, por ej., examinar antes los conceptos representativos (conceptos de clase) y después las ciencias *naturalistas*, o antes éstas y después aquéllos, porque poner un concepto ré-

presentativo o de clase es producir un conocimiento de ciencia naturalista, y a la inversa. Cualquiera de los dos caminos que se tome, lleva al mismo fin; más bien, el camino, si es doble en apariencia, en realidad es único. Y, para dar un ensayo de la Lógica que nosotros creemos deba construirse con los criterios hasta ahora declarados, comenzaremos, por razones de mayor claridad, por las formas elementales del saber, de las cuales enunciaremos, provisoriamente, cuatro, cuya distinción está generalmente admitida: la *Poesía* (o el Arte en general), la *Filosofía*, las *Ciencias naturales* y la *Matemática*.

Que estas cuatro actitudes cognoscitivas sean irreducibles entre sí, puede ponerse en duda, o ha sido puesto en duda, al menos para algunas de ellas; pero, a nuestro parecer (y aquí es necesario ajustarnos a las conclusiones solas, presuponiendo las demostraciones dadas en otro lugar), sin razón. La Poesía estaba, en un tiempo, incluida en las clasificaciones del saber (recuérdese las de Bacon y de Hobbes); después fué excluída; después todavía introducida en la religión y como momento del espíritu absoluto o de la filosofía; después, nuevamente excluída y abandonada al sentimiento, a la necesidad del juego, etc. Otras veces ha sido confundida con una especie de filosofía popular, y se le asignó el oficio de la divulgación de los conceptos o de la representación de los tipos. Pero la Poesía da lo que ninguna otra forma del conocimiento puede dar: la aprehensión ingenua de la realidad, todavía no analizada, ni reconstruída ni sintetizada por la reflexión; la realidad en su virginal apariencia, a la cual conviene siempre volver desde las formas más evolucionadas para rehacer ingenua la mirada y coger nuevas líneas de lo real. Por esto el alto lugar que ella ha ocupado siempre en la humanidad y conserva en la educación y en la vida presente; puesto que no podría explicarse, si ella fuese un duplicado popular de la ciencia y de la filosofía, o si perteneciese a la clase de los *sports*, o, peor todavía, a las turbias agitaciones del sentimiento. La *Filosofía* ha sido también ella muchas veces desconocida en su originalidad, tentándose o de reducirla positivístamente a ciencia natural y matemática o al servil oficio de acumuladora de los resultados de la ciencia, o internarla en la poesía, haciendo de ella un conjunto de graciosas fantasías, tolerables a pacto de que no

pretendan ser nunca más que fantasías. Y tal vez pronto, en el próximo Congreso filosófico internacional que se celebrará en Italia (1), y donde muchos «hombres de ciencia» han sido llamados para tomar la palabra en las cosas de la filosofía, se tendrá el placer de volver a escuchar las imperiosas voces de las ciencias hermanastras contra la nueva Ceneréntola, o los equívocos cumplidos dirigidos a la nueva *folle du logis*. Pero a todas estas tentativas de reducción puede contestarse señalando, casi símbolo de razonamientos abreviados, *la historia secular de la Filosofía*, que muestra en la forma más luminosa, lo que la Filosofía, es, ha sido y será; no poesía, no ciencia, no matemática, pero amor intelectual de Dios, investigación de lo universal y del *Uno*. Finalmente, basta apenas recordar que el pensamiento de una resolución de las *ciencias naturales* en una ciencia *matemática* de la naturaleza ha sido generalmente abandonado, con reconocer los límites (constituídos por el ineliminable elemento representativo o perceptivo), en los cuales choca y debe chocar la matemática y que, por lo demás, constituyen no sólo sus límites, pero su mismo punto de apoyo.

A las cuatro formas del saber, que hemos enumerado, corresponden las cuatro formas elementales de la *representación*, del concepto filosófico o *idea*, del concepto naturalista o *representativo*, y del concepto matemático o *abstracto*; y, traduciendo tales distinciones en los nombres de las operaciones respectivas: la fantasía o intuición, el pensamiento, la clasificación y la abstracción. Corresponden, pero en el significado ya dicho, o sea que ellas son las mismas cosas, consideradas desde otros puntos de vista y bautizadas con otros nombres. Conviene, con Seleiermacher, poner en guardia contra lo *aristocratismo gnoseológico* y defender en su lugar una especie de democracia, por la cual se reconozca que la Poesía, la Filosofía, la Ciencia natural y el Cálculo no son ya celebraciones solemnes de días festivos, sino cosas de todos los días de la semana, y, más bien, tales que se cumplen en cada instante por todo sér pensante, que no puede vivir sin fantasear, especu-

(1) Este trabajo era una relación destinada al Congreso filosófico internacional de Bologna de 1914, que debía ser incluido en una publicación *tu desca*, que apareció después de terminarse el Congreso.

lar, clasificar, abstraer. Si las manifestaciones más complejas y más raras de estas diversas operaciones, las obras de la genialidad artística, filosófica, científica y matemática, tienen tanto aprecio para nosotros, es precisamente porque vienen hacia nuestro ánimo, se abrazan y se funden con él, y le dan potencia.

VI

Ahora, si nos ponemos a buscar cuál de estas cuatro formas cognoscitivas es la que propiamente representa el *momento lógico* y es por esto el objeto particular de la Lógica, será conveniente excluir la primera forma (la Poesía, la representación, la intuición, la fantasía), porque logicidad importa universalidad y la forma poética no sale de la individualidad. Por esta razón, la Poesía no pertenece a un tratado de la Lógica como ciencia particular filosófica; y es objeto de la *Estética*, la cual, como es sabido, se constituyó como ciencia en cuanto *Lógica poética*, según el nombre que le dió Vico, *Logik der Einbildungskraft*, como la llamara Breitinger, *Ars analogi ratiouis* y *Gnoseologia inferior*, como la definió Baumgarten. Ciertamente, sin la intuición o fantasía, sin la expresión o lenguaje, el pensamiento no es concebible; y ya hemos lamentado los malos efectos de este descuido de la Estética en las investigaciones de los lógicos: ciertamente, la Estética es condición de la Lógica; pero esto reconfirma que ella, como tal, no ofrece el momento lógico propio y verdadero.

Si es conveniente, y mucho, hacer aceptar esta exclusión de la Poesía por los lógicos modernos, que casi todos están dominados por tendencias intelectualistas (así que sería por augurar casi un temporáneo error en sentido opuesto), mucho más difícil es inducir a excluir, de la verdadera y propia Lógica, los conceptos clasificatorios y abstractos, o sea de las ciencias naturales y de las matemáticas. No obstante, el análisis de aquellas ciencias y de aquellas formas de conceptos ha puesto en claro (y, en parte por obra de los mismos naturalistas y matemáticos) que ellos no adecuan lo real, o lo simplifican tomando sólo algunos aspectos y haciendo símbolos y ficciones vacías; y que en todo esto interviene un momento

no lógico, sino *práctico*, al cual oportunamente se le ha dado el nombre de *económico*. De esta gnoseología de las ciencias naturales y matemáticas, la cual es la forma moderna y desarrollada del *nominalismo*, se concluye que el conocimiento verdadero y propio está fuera del campo de aquellas ciencias, y, si no se quiere designar al agnosticismo considerándolo como vetado al hombre, es menester buscarlo en otras formas del conocer. Y, en efecto, como correlativo o complemento de aquel nominalismo, surge, a veces, un *realismo*, que se confía a la intuición o a la experiencia pura. Pero nosotros, que ya nos hemos referido a la insuficiencia lógica de la Poesía, no podemos colocar el verdadero conocimiento sino en la tercera de las tres formas mencionadas de universal, que es el verdadero y sólo universal, y — es decir — en el concepto filosófico, o idea, y — pues — en la filosofía que es su actuación. Lo que hacemos con tanta mayor seguridad, en cuanto las ficciones de las ciencias naturales y matemáticas postulan, por necesidad, la idea de una idea que no sea *fingida* , o, como hemos dicho otras veces, la moneda falsa presupone la buena, lo abstracto presupone lo concreto, lo arbitrario lo necesario. La Lógica, como ciencia del conocimiento, no puede ser, en su propio objeto, ciencia de ficciones y de nombres, sino ciencia de la verdadera ciencia, y por esto del concepto filosófico y de allí *filosofía de la filosofía*. Pero como, al excluir la Poesía, ella la coloca a su lugar y entiende las relaciones que estrechan entre sí imagen y concepto, individual y universal, así, al excluir los conceptos empíricos y abstractos y las ciencias correspondientes, los coloca a su lugar y establece las relaciones que van entre la filosofía y aquellas ciencias, los cuales (para expresar la cosa con un parangón) se desarrollan casi como aquellos existentes entre un lector y un bibliotecario. Las ciencias naturales y matemáticas tienen en orden los libros (los conocimientos) y con gran habilidad excogitan las formas más rápidas y seguras de encontrarlos cuando hagan falta; pero no los leen y mucho menos los escriben, y, cuando quieren asumir la dirección del humano conocimiento, hacen — ¿cómo decir? — una rebelión de bibliotecarios contra los pensadores, extravagantemente requiriendo que éstos deban pensar, no según la verdad, pero según la disposición de los anaqueles y de los ficheros.

VII

La circunscripción de las formas o pseudoformas de conocimiento que hemos estado considerando, no podría ser racionalmente combatida, recordando la forma *religiosa* por nosotros omitida; porque ya se habrá notado por nuestro discurso que aquí suponemos reconocida la identidad de religión y filosofía, no como resolución de ésta en aquélla, pero de aquélla en ésta, así que la filosofía adquiera el valor de verdadera y acabada religión. Pero con razón se podría, en cambio, objetar que hemos callado una forma de conocimiento, por cuanto esencial al espíritu, tanto grandiosamente representada en la laboriosidad humana: el juicio individual o de realidad, al cual corresponde la *Historia*. Los conocimientos históricos no son, como es evidente, conocimientos matemáticos, y tampoco conocimientos naturalísticos, porque mientras el naturalismo forma tipos (*tipeggia*) y clasifica, la historia individualiza y narra; y, si el uno busca lo semejante en lo diverso, la otra, en cambio, lo diverso en lo semejante. Y aunque por este individualizar y representar narrando, la Historia tenga mucho de Poesía, no es, por lo demás, pura poesía, puesto que está provista de aquel carácter realista que falta a la Poesía: la Historia afirma que ha acaecido esto y no aquello, pero la Poesía no sabe de real o irreal, de acaecido o de posible; y más acá de semejantes categorías, está completamente cerrada en el mundo de los fantasmas. Así es que aquí se presenta el dilema: o considerar la Historia como otra forma original, o identificarla con la Filosofía. En el primer caso se tendrían dos formas de conocimiento concreto y verdadero, la filosofía y la historia, y dos correspondientes formas elementales, el concepto y el juicio, juicio histórico o individual (o sea también, puesto que nosotros sabemos que todo concepto es al mismo tiempo juicio, un juicio de lo universal y un juicio de lo individual): conclusión poco satisfactoria, porque no alcanza a entender cómo la afirmación de la verdad se divida en dos distintas series de afirmaciones. Quedaría una sombra de misterio, antes de resignarnos al cual convendría siempre inda-

gar si no se sostenga mejor la segunda hipótesis, que identifica filosofía e historia, juicio universal (definición) y juicio individual. Y, en hacer tal examen, lo que resulta indubitable, casi a primera vista, es la conjunción de la historia con la filosofía, con vínculo de necesaria dependencia, porque ninguna historia puede nunca narrarse, ningún juicio individual, por pequeño que sea, puede proferirse, sin hacer uso de los conceptos, o sea sin filosofar. Para narrar la historia es menester entenderla, y entenderla es hacer explícitas y pensar las ideas que allí están implicadas. La objetividad histórica, en tanto tiene valor y significado, en cuanto contraponiéndose a la subjetividad pasional, que altera la visión histórica, invoca aquella más alta forma de subjetividad, que es la objetividad del concepto. Pero esta dependencia de la historia y de la filosofía — donde cada progreso en la teoría es progreso en la comprensión histórica de los hechos, — si liga una forma con la otra, no basta a establecer la identidad; la filosofía queda en esta concepción completamente atenta a contemplar un universal fuera de la historia, pero pronta para prestar a la otra, que tiene indispensable necesidad, la luz que recaba de aquella contemplación. La identidad se descubre sólo cuando, colocándose en la corriente de la gran filosofía idealista de la primera mitad del siglo décimonono, se abandone aquel concepto de la filosofía, inmóvil contempladora de lo inmóvil, y *la filosofía misma viene a ser pensada como historia.*

La filosofía, en efecto, no es más que resolución perpetua de problemas siempre diversos, pero perpetuamente nacientes del seno de la *historia real* (*historia a parte obiecti*), y por esto ella es en el acto mismo *Historia* (*a parte subiecti*), puesto que resolviendo el problema filosófico que las condiciones históricas le proponen, ilumina aquellas mismas condiciones, las explica, las caracteriza cuales realmente son, o sea las hace historia y las narra. De allí que todo sistema filosófico está repleto de una nueva mira histórica, verdadera en la medida de verdad de aquel sistema; y toda narración histórica está llena de una filosofía. Que después de la nueva filosofía aparezca relevada y particularmente narrada la nueva historia (como entre algunos filósofos), o quede por narrar particularmente; y que la nueva historia tenga o no una clara con-

ciencia de la filosofía que la anima; todo esto no cambia en nada la establecida identidad, pero más bien ayuda para explicar cómo puede ser que la filosofía y la historia parezcan tan diversas. Tales son en la *forma literaria* de la exposición, en la cual la forma lógica, común a ambas, el concepto que es al mismo tiempo juicio de individualidad (*síntesis a priori*), viene distintamente *acentuado* según sus momentos constitutivos, y la filosofía coloca en el primer plano lo universal (el predicado, la categoría), y la historia, en cambio, la individualidad (el sujeto); tanto que, en virtud de aquella énfasis literaria, se obtiene casi la apariencia de que la filosofía considere solamente el predicado sin sujeto y la historia solamente el sujeto sin el predicado. Pero la apariencia es apariencia, y la realidad es la historia como filosofía y la filosofía como historia: reconocimiento de identidad mediante el cual la filosofía corrige su abstracción y la historia su materialidad, y en el mismo tiempo se justifica el relieve que se da en ésta al elemento representativo: de allí las muchas veces notada afinidad de la historia con el arte.

VIII

Las referencias hechas sobre las formas fundamentales del conocimiento contienen ya en esbozo el esquema de una parte conspicua de la filosofía del espíritu, y señalan cuál sea la sucesión y génesis de las distintas formas teóricas o teórico-prácticas: es decir, el paso de la *intuición pura* (poesía o arte) al *concepto* (que es al mismo tiempo juicio histórico), en el cual se alcanza y se agota el verdadero conocimiento de la realidad (filosofía-historia); y, de allí, al esquematismo de los conocimientos adquiridos gracias a las *clasificaciones* y a las *leyes* elaboradas por el naturalismo (ciencias naturales en un sentido lato, así del mundo llamado natural como del llamado humano), y, por último, a la ulterior elaboración y simplificación de estos esquemas por el cálculo y la medida (ciencias matemáticas). Pero desarrollar en sus detalles este diseño, y justificar todas las proposiciones que hemos hasta ahora enun-

ciado de paso, es obra de tratado especial (1). Al cual también, admitida la teoría del concepto como la central de la Lógica, conviene enviar todas las cuestiones sobre la naturaleza, los caracteres y las formas del concepto, sobre las doctrinas de los realistas y de los nominalistas y sobre su posible conciliación, sobre la admitida dualidad de concepto filosófico y concepto naturalista-matemático (pseudo-concepto), sobre la definición, sobre el silogismo, sobre la percepción, sobre el predicado de existencia, sobre la clasificación, enumeración y medida, sobre los principios lógicos; y, sobre todo, y mayor que todas, sobre la contrariedad, oposición o dialéctica, y sobre la relación de los conceptos distintos con los opuestos. Igualmente, sólo de un amplio tratado de la Lógica puede esperarse la aclaración de las cuestiones llamadas metódicas referentes a la filosofía, a la historia, a las ciencias naturales y matemáticas; por ej., de lo que sea el sistema o la crítica, del uso de los conceptos empíricos, de los hechos históricos, del valor que deba reconocerse a las ciencias naturales o a la ciencia matemática de la naturaleza, y sucesivamente. En éstos y otros semejantes problemas, que en parte y por un tiempo han vagado en los libros de metodología o en las polémicas de cultores de disciplinas particulares, la Lógica debe reponer su robustez, deshaciéndose del inútil y anticuado utensilio que todavía le queda como herencia de la Lógica empírica o formalista, y que fastidiosamente estorba los tratados modernos de esta ciencia.

IX

Pero una exposición de la Lógica gnoseológicamente entendida no estaría cumplida, si no tratase a propósito de la filosofía del *error*, la cual sustituye en ella los capítulos, tan ricos de necesidades, sobre los sofismas o refutaciones sofisticas de la antigua Lógica. Y puesto que el error tiene dos aspectos, en uno de los cuales es propiamente error o sea arbitraria combinación verbal de palabras, que simulan una afirmación, pero que no afirman nada porque no tienen ningún contenido pen-

(1) El autor lo ha dado ya en el 2.º volumen de su «Filosofía del Espíritu», que tiene por título precisamente: «Lógica como ciencia del concepto puro» (2.ª edic., Bari, Laterza, 1909.)

sable, y en el otro, es un *tentamen* o hipótesis, una aproximación a la verdad, una verdad parcial que es escalón para otra más completa, la teoría del error es, por un lado, una *patología del pensamiento*, y por el otro, una *fenomenología de la verdad*. Pero, en el uno y en el otro significado, ella debe dar una deducción de todas las formas *necesarias* del pensamiento erróneo o no cumplido, que nacen del cambio entre la actitud filosófica y las otras actitudes del espíritu teórico y práctico: cambio entre concepto y fantasía, entre concepto y vida viva, entre concepto y pseudo-concepto, y sucesivamente. Las proyecciones en mayor escala de estos errores llevan nombres bien conocidos en la historia de la filosofía y en las discusiones filosóficas: se llaman *escepticismo*, *misticismo*, *estetismo*, *empirismo*, *matematismo*, *filosofismo*, *mitologismo*, etc. Como formas necesarias, estos errores son inmortales; mueren por todo acto del pensamiento y renacen por cada acto nuevo, porque en la lucha contra ellos consiste la verdad, de manera que ellos realmente dan al pensamiento, las condiciones sin las cuales no podría ser efectivo el pensamiento, o sea no existiría en manera alguna. Pero, precisamente porque condiciones eternas y extratemporales, no puede admitirse sin corrección la historia de la filosofía, cual la ideó Hegel, que tendía a reducir las *formas ideales* de los errores a *fases históricas*, y a confundir la historia de la filosofía con la fenomenología de la verdad.

X

No parece, en cambio, que puede ser parte integrante de la Lógica la *doctrina de las categorías*, la cual tuvo también ella su precedente en la Lógica empírica, y, tal vez por efecto de este precedente, queda ahora a él agregada. En efecto, si las categorías se conciben como las formas lógicas del pensamiento de lo real, la Lógica no conoce de estas forma sino una sola, aquella del *concepto* o *idea*, y en la categoría del concepto se agota, declarando o vanos verbalismos o sinónimos, o, en fin, categorías no claramente lógicas todas las otras que se suelen enumerar. Si por categorías se entienden, más exactamente, todas las formas originales y fundamentales del espí-

ritu y de la realidad, y se exige, pues, la deducción o génesis dialéctica, la doctrina de las categorías no puede ser dada sino por *toda la filosofía* (y por la Lógica en el significado ya expresado: que ella concentra en sí misma, más o menos desarrollada, toda la filosofía), y coincide, por esto, con la Filosofía, la cual es esencialmente ciencia de las determinaciones necesarias de lo real o de las categorías eternas. Por esto lo *Lógica*, en este segundo significado, tomó con razón el nombre de *Metafísica*, aunque tal Metafísica no debería haber tolerado al lado suyo ninguna otra filosofía, ni de la naturaleza, ni del espíritu, puesto que a ambas contenía ya en lo que tenían de filosófico. Pero, para comprender las razones que indujeron a Hegel a guardar y sistematizar la tradicional partición escolástica de una *philosophia rationalis* (Lógica y Metafísica) y de una *philosophia realis* (filosofía de la naturaleza y del espíritu), y para hacer la crítica de esta construcción, se necesitaría entrar en aquel amplio examen de la filosofía hegeliana, que ciertamente cada día se impone más a la conciencia contemporánea, pero que es extraño a los fines de este breve escrito. El cual, por lo demás, terminará bien, si termina con la exhortación de sacar provecho de los tesoros todavía intactos, que en esa filosofía se hallan encerrados, no sólo y no tanto en forma de pensamientos elaborados, sino también, y sobre todo, en forma de sugerencias, presentimientos y preven- ciones (1).

(1) De la «Enciclopedia de las ciencias filosóficas», dirigida con la cooperación de Guillermo Windelband por Arold Rüge (Vol. I. Remo Sandrón Milán). Traducido por J. J. C.